

A close-up photograph of a bride's profile as she holds a large bouquet of flowers. The bouquet is composed of white roses, small white daisies, and green baby's breath. The bride is wearing a white lace-trimmed dress and a gold hoop earring. The background is softly blurred, showing hints of a wedding setting.

ARLETTE
GENEVE

Nomeolvides

Arlette Geneve

Nomeolvides

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[Ciudad de Roma](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

El día había sido agotador y lleno de malos pronósticos que la sumergieron en una profunda pena, también en una tristeza muy habitual en su profesión. Celeste apagó el motor del coche y activó el cierre de la puerta metálica que cerraba la verja. Cogió la carpeta negra, el maletín, el bolso y salió del interior del vehículo. Le dio al cierre automático y caminó hacia el interior de la casa, aunque detuvo sus pasos durante unos instantes. Desde el exterior arbolado podía escuchar la música de fondo, era Boccherini y su *Musica Notturna di Madrid Passa Calle*.

Sin poder evitarlo, la boca se le abrió en una cálida sonrisa.

Cerró los ojos y escuchó las notas del violín acompañado del violonchelo. Resultaba tan motivador y pacífico que parte del cansancio se esfumó de su cuerpo. Subió los peldaños, introdujo la llave en la cerradura y abrió la pesada puerta. El aroma de la salsa de pesto le inundó las fosas nasales provocándole una sacudida inesperada de placer.

—¡Ya estás en casa!

La voz de su marido le llegó alta y clara. Había salido a recibirla como cada tarde desde siempre.

—Es maravilloso estar bajo este remanso de paz.

Él ya le había quitado el maletín, el bolso y la carpeta de las manos y los puso en una silla del amplio vestíbulo. La ayudó a quitarse la fina chaqueta de los hombros, y le dio un beso tierno y dulce en los labios.

La melodiosa música se escuchaba por cada rincón de la casa.

—Pareces cansada.

A Celeste se le demudó el semblante porque su cansancio era crónico debido a su trabajo.

—Perdimos a Paolo —lo dijo en un susurro.

El hombre hizo lo que salió en ese momento del alma: abrazarla junto a su pecho y mecerla con sumo cariño.

—Lo siento, amor.

Ella se dejó querer y se apoyó en el recio cuerpo que le transmitía una fuerza, y que en ese momento necesitaba más que nunca.

—Estaría así toda la vida —admitió feliz sintiéndose protegida.

—Te he preparado un baño que relajará estos músculos tensos.

La acompañó sin dejar de abrazarla al baño del dormitorio. Olía a lavanda y a la cera de las velas que había encendidas por cada rincón.

—Me muero de hambre —confesó con un brillo especial en las pupilas.

Él la tomó de la barbilla y volvió a besarla.

—Terminaré de preparar la cena mientras te bañas.

A ella le apetecía que ambos se metieran dentro de la bañera para jugar como cada noche a descubrirse mutuamente de nuevo.

—No tardaré —dijo un segundo después.

El relajante baño acompañado de la suave música la sumergió en el sopor curativo que tanto necesitaba. Minutos después se secó con una amplia toalla y se puso un suave vestido largo de hilo fino sobre el cuerpo. Él la esperaba en la mesa del comedor con una copa de vino tinto en la mano. Celeste se sentó frente a él y tomó la que le ofrecía con una sonrisa de agradecimiento.

—No sé qué haría sin ti.

Él levantó la copa y brindó por sus palabras.

—En verdad tiene sus ventajas ser un amo de casa.

—Eres el amo de casa más atractivo del mundo.

—Y el mejor cocinero.

—Eso es indiscutible —Celeste bebió un trago de su copa y la dejó reposando al lado del plato—. Huele delicio-

samente bien —dijo al mismo tiempo que husmeaba sobre la mesa.

—Te he preparado la pasta que más que gusta.

Yago ya le servía la comida en el plato y le acercó la ensalada.

—Haces que regresar a casa sea lo único importante en el mundo —en el tono de ella se advertía un orgullo desmedido.

—Regresar a mi lado tiene que ser lo único importante para ti.

—Lo es —admitió humilde—. Te amo.

Esa confesión le valió un beso. Yago se levantó de la mesa y se dirigió hacia ella que ya alzaba el rostro para recibir el premio. Minutos después volvió a sentarse en su lugar correspondiente.

—¿Has terminado el encargo? —se interesó.

Yago hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras pinchaba unos macarrones y se los llevaba a la boca. Se limpió con la servilleta poco después.

—Creo que ha quedado mejor de lo que me esperaba.

—¡Pintor de poca fe! —exclamó ella sin dejar de sonreírle.

—Confío que al cliente le guste.

Yago Emmanuel Rossi era un afamado y reconocido pintor que nunca trabajaba con encargos salvo excepciones. En esa ocasión había recibido un pedido especial de su abuelo para un amigo al que tenía verdadero afecto.

—¿Me lo leerás y enseñarás más tarde?

—Todavía no está terminado.

—No importa —dijo ella—, sabes que amo todo lo que creas.

Yago se quedó un momento quieto sin quitarle la vista de encima.

—Eres adorable cuando me miras así —susurró ella con un brillo especial en los ojos.

Ambos habían terminado la cena pero les quedaba todavía un poco de vino en las copas. No tenían prisa. Observarse el uno al otro resultaba gratamente placentero.

—Enséñamelo —pidió ella de pronto.

—¿Ahora?

—Es el momento idóneo, ¿no te parece?

Yago volvió a levantarse de la mesa y se dirigió al salón que utilizaba como estudio de pintura. Celeste paseó la mirada por los diversos cuadros que adornaban cada rincón y lugar de la casa. Los había de todos los tamaños y colores: flores, pájaros, paisajes. Yago era un emotivo pintor, y con una sensibilidad tan extrema que dotaba de un realismo sobrecogedor cada lienzo que pintaba. Celeste también había sido retratada en óleo, carboncillo, acuarela, no existía ninguna técnica que Yago no hubiese utilizado con ella.

Solía decirle que era su musa: la mejor inspiración para un artista.

En esos momentos estaba perfeccionándose en el diseño gráfico por ordenador, y por eso había aceptado el encargo de su abuelo para que pintara un libro con ilustraciones. Quería comprobar si era capaz de moverse en ese campo tan extenso y complicado para un pintor tradicional como él.

—Te va a parecer muy cursi —le advirtió él al mismo tiempo que tomaba asiento frente a ella.

Cuando Celeste miró la explosión de colores de la portada se maravilló.

—¡Es precioso!

—Y eso que no has visto el interior —bromeó él.

Celeste abrió la primera página y leyó el encabezado.

—*Nomeolvides*... sugerente título.

La palabra le pareció entrañable.

—Ha sido un encargo muy explícito —se disculpó él—, el pintor no escoge el título ni los encabezados de cada imagen.

Celeste abrió otra hoja y siguió leyendo en voz alta.

—Por fin el Creador se sintió satisfecho, y, tomando los colores del mundo, se sentó bajo un enorme castaño de hojas verdes, allí donde las flores esperaban impacientes para que les pusiera nombre.

Lo observó con un brillo risueño en los ojos.

—La leyenda no es mía —Yago intentó justificarse al comprobar la mirada intensa que le dirigía su mujer.

Los textos de los dibujo no eran suyos. Se los había facilitado el cliente, pero en ese momento Yago sentía una cierta vergüenza aunque no sabía explicar el motivo.

Celeste continuó leyendo.

—Tomó la primera flor y sonrió, "a ti te pintaré el rostro de rojo, y te llamarás Rosa". El Creador hizo lo que había dicho. Tomando un pincel coloreó el rostro de la rosa en un rojo tan intenso como la sangre. Tomó otra flor y la observó con atención, "a ti te pintaré el rostro de blanco y te llamaré Margarita". Entre el tumulto de flores que esperaban para ser coloreadas se escuchó una vocecilla suplicante: "¡No me olvides!", el Creador entrecerró los ojos al escuchar la voz tan fina que casi parecía un susurro. Tomó otra flor con cuidado, "a ti te pintaré el rostro de amarillo y te llamarás Tulipán". Tomó otra, "a ti te pintaré el rostro de rosa y te llamarás Clavel". De pronto se escuchó de nuevo la voz: "¡No me olvides!". El Creador dejó de mojar el pincel en los colores y observó al resto de flores que esperaban, como si buscara una en particular, pero un instante después retomó de nuevo su trabajo. Y, así, una a una fue coloreando los rostros de las flores y poniéndoles nombres hermosos: Violeta, Amapola, Petunia, Lila, Orquídea... de nuevo se escuchó la vocecita: "¡No me olvides!". Cuando el Creador finalizó toda su obra vio a esa pequeña florecilla con voz susurrante que estaba parada frente a él pues era la única que quedaba. La tomó entre sus manos y la miró atentamente. Tenía pequeñas florecillas de cinco pétalos que crecían en los extremos de los tallos en forma de ramillete. Sintióse observada tan minuciosamente, la flor,

que no tenía nombre ni color, comenzó a llorar. “Ahora entiendo”, sollozó con gran desconsuelo, “¡no te quedan nombres para mí!”, susurró dolida, pero el Creador le mostró una gran sonrisa. “Te pintaré los pétalos con el color del cielo en verano, y te daré la fuerza del sol en el corazón”. La florecilla se emocionó. “¿¡Y el nombre, y el nombre!?”, pidió jubilosa. “Te llamarás, Nomeolvides”.

Celeste miró a su marido con asombro. Cada pequeña explicación y frase iba acompañada de su correspondiente ilustración. El color de las flores era espectacular. Habían sido diseñadas con tanto mimo que se emocionó.

—Es una leyenda preciosa —admitió maravillada.

—¿Te gusta?

—Me encanta, y las ilustraciones son adorables.

Yago se mostró turbado.

—Es parte de un cuento infantil que explica de forma sencilla la creación del mundo.

—¿Cuántas partes has ilustrado? —se interesó ella.

—La que tienes en las manos es parte de la tercera.

Celeste sonrió de forma genuina.

—Me encanta, y me parece un detalle precioso por parte de tu abuelo este regalo para su amigo y que leerá a sus nietos en épocas señaladas.

El abuelo de Yago era un hombre de origen italiano muy religioso, detalle que ella respetaba cada vez que la familia ser reunía en fiestas señaladas. Para una atea declarada formar parte de una familia con fructíferas raíces católicas era un verdadero reto. Y de verdad que le parecía precioso el encargo religioso que estaba pintando su marido.

Yago seguía quieto sin dejar de contemplar a su mujer. Viendo la expresión de amor en su rostro se sintió el ser más afortunado del mundo.

—Un día tengo que pintarte.

—¡Pero si ya me has pintado! —protestó ella feliz.

Yago hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Te he pintado con las manos, con pinceles y lienzos, pero un día tengo que pintarte con los sentimientos del alma.

Celeste no parpadeó de lo sentida que estaba.

Vivir al lado de Yago era una felicidad continua, completa. Era el mejor hombre del mundo. El mejor amante y más tierno esposo.

—¿Y qué colores usarían tus sentimientos para pintarme?

Yago alzó una mano con lentitud, como si sostuviera un pincel y lo dirigiera hacia un lienzo imaginario.

—El respeto sería el blanco que matizaría el gris de las dudas que a veces me invaden porque temo no hacerte feliz —ella soltó un suave suspiro—, también suavizarían el negro porque representa el miedo que sufro al pensar en perderte —al mismo tiempo que hablaba describía pinceladas imaginarias con los dedos que la mantenían completamente cautivada.

A Celeste se le iluminaron los ojos y se le aceleró el corazón.

Yago se levantó de la silla y camino hacia ella. Extendió la mano para que la aceptara.

—Mi idealismo te pintaría de azul.

Juntos comenzaron a caminar hacia el dormitorio. Ninguno perdía la visión del rostro del otro. ¡Se bebían mutuamente!

—La esperanza de vivir el resto de mis días contigo te pintaría de verde.

Yago comenzó a desvestirla de forma suave, lenta: en una perfecta armonía de palabras y acciones.

—El deseo te pintaría de amarillo fuego.

Celeste quedó desnuda frente a él. Yago colocó las manos en los frágiles hombros de su mujer con absoluta reverencia.

—Y finalmente la pasión le daría vida al cuadro con el rojo sangre... —Yago calló un momento—, porque nada

me importa más en este mundo que tú.

—Te amo... —susurró ella que lo miraba arrobada.

Yago tenía esa cualidad. A su lado cualquier mujer podía sentirse la mejor y más especial de todas. La hacía sentir viva, única, amada.

Inclinó el rostro hacia ella y fue al encuentro de la boca para besarla de forma tierna y dulce, como era costumbre en él.

—Te has debido dejar el amarillo y el rojo en la paleta —protestó ella ante la falta de posesividad del beso que ya había concluido.

—Mi sensibilidad te está pintando de rosa...

Celeste rió con humor.

—Pero yo quiero que me pintes de amarillo fuego y rojo sangre.

Yago tomó posesión del pecho de ella y lo acarició con una exclamación de placer, como si fuera él y no ella el que recibía la caricia.

—Tus deseos son órdenes.

La alzó en brazos y la llevó al lecho sin dejar de besarla. En Celeste se esfumaron el cansancio, también el dolor que su trabajo le provocaba cuando perdían una vida. Afortunadamente, Yago representaba para ella el aliento que la empujaba a seguir hacia adelante, que la llenaba de fuerza y tesón para no rendirse nunca. Vivir con él era estar sumergida en una nube de colores de la que no quería bajarse nunca, y Yago la llevó al extremo del placer como siempre.

Una vez que estuvo vencida y saciada, se acurrucó junto a su pecho. Él sólo pudo murmurar una palabra al oído de la mujer que amaba con todo su corazón.

—Celeste...

Ella se aproximó todavía más a él.

—Dime, amor.

—Nomeolvides...

Bebo el veneno de tu silencio,

*y la incertidumbre corroe mi meditar,
pues no muere un minuto en el tiempo
sin que te desee besar.
Y no te hallas en mis brazos firmes
ni mis labios nutren tu suspirar,
porque este olvido que abrazas,
ocupa mi deseado lugar.
Pero no con estas ansias que apuñalan
ni este feroz deseo de tocarte,
que por sentirte otra vez mía
me tornaría en muerte para reclamarte.
Mas no permites corazón que te alcance,
intento cogerte y sueltas mi mano.
No puedo sino llorarte
y rezar en silencio tu rechazo.*

CAPÍTULO 1

Miraba a través de la ventana con los ojos perdidos en el vacío y ausentes de calidez. Observó el bullicio que se escuchaba a través del cristal, pero no le arrancaba ni una sonrisa a su ánimo. La boca seguía con el mismo rictus severo, y, el ceño fruncido, se había vuelto crónico desde aquel fatídico día.

Los árboles del parque se mecían cautelosos ante la suave brisa de febrero en un soneto dulce que no logró conmovérsela lo más mínimo.

Nada lograba despertar su interés desde hacía mucho tiempo.

Se abrazó el cuerpo en un instante de dolor y cerró los ojos a las sensaciones. Fuera, todo continuaba, sin embargo, ella no sabía si seguía muerta en vida o simplemente vegetaba. Oyó la puerta, pero no se volvió para mirar quién entraba por ella. Siguió en silenciosa meditación sin ser consciente de si las horas pasaban rápido o lento.

—Siéntese, Celeste —la mujer ignoró la invitación. Siguió en su postura rígida que transmitía la apariencia de insolencia, aunque no era consciente de ello.

Bajó la mirada hacia sus muñecas que estaban vendadas tras su frustrado intento de arrancar de su cuerpo el aliento que impulsaba la sangre a su corazón, y que la mantenían viva cuando ella deseaba justo todo lo contrario.

—¿Piensa seguir callada? —en la garganta de la mujer se formó un suspiro, pero que contuvo antes de exhalarlo—. Mi deseo es ayudarla —la voz tras ella seguía llegando entre brumas—. Necesito una pequeña muestra de que entiende el tratamiento.

Seguía lejana. Ausente para todo.

—Es propio en los humanos sufrir —escuchó decir tras ella—, también perdonar —un ligero estremecimiento la sa-

cudió aunque siguió ignorando el diálogo que no compartía con el individuo—. Necesito que hable conmigo.

Ella apoyó la frente en el frío cristal y cerró obstinada los labios que se entreabrieron a duras penas. Entornó los párpados. No quería estar en ese lugar, ni respondiendo a las mismas preguntas que le hacían a diario.

—El juez ha solicitado una nueva revisión de su informe médico —apuntó el facultativo. Ella escuchaba el sonido del siseo en el papel al quedar plasmadas las anotaciones—. Estado catatónico deliberado... indiferencia intencionada asumida... gestos de locura conscientes... —el siquiatra seguía escribiendo con el aprobado silencio de ella como en cada visita—. Intento de suicidio... —ella no permitió que terminara la oración.

—Escríballo, pero no lo diga —susurró de pronto.

El deslizamiento del bolígrafo se detuvo, y entre médico y paciente se suscitó un silencio largo e incómodo que rompió finalmente él.

—Sigue esperando... —ni un ligero interés, ni un rechazo aceptado, nada: como la nada y el vacío que sentía en su interior—. Le diré que entre, y después volveremos a conversar.

Oyó la carpeta al cerrarse y el sonido de la silla al deslizarse liberada del peso, sin embargo, nada de esas muestras de movimiento le hicieron regresar de su apatía. La puerta quedó abierta tras su espalda, y la ligera brisa que entró a la habitación movió su bata azul en un ligero vaivén que sujetó ella con los dedos de forma inconsciente.

—Buenas tardes —la silla volvió a moverse—. ¿Hoy tampoco vas a mirarme?

Era el mismo tono de voz de cada día. Con ese timbre que le provocaba estremecimientos. Se giró lentamente y clavó las pupilas en el rostro del hombre que le sonreía de forma genuina. Con un dolor en la profundidad de sus ojos que la alertó aunque no llegó a conmovérla.

El mismo rostro atractivo, la misma mirada atormentada, pero que ella no reconocía.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la voz grave.

La mujer bajó los párpados un tanto insegura.

—¿Por qué —preguntó al fin un poco turbada.

La sonrisa del hombre se acentuó y dotó a los rasgos viriles de una suavidad que le resultó atrayente.

—Me alegro mucho de que por fin me hables —Celeste hizo amago de volverse—. Sé lo duro que debe resultarte todo —alzó los hombros con indiferencia aunque lo escudriñó de reojo—. Soy consciente de lo que has sufrido, pero sabes que mi único anhelo es ayudarte.

Se quedó momentáneamente aturdida y se mesó el pelo con el agotamiento reflejado en el rostro. Se giró lentamente entre el nerviosismo y el recelo.

—¿No deseas sentarte a mi lado? —ignoró la invitación y se miró las muñecas con aprensión como en las últimas horas—. Mañana comenzarás un tratamiento menos agresivo. Sera beneficioso para ti. —El hombre guardó un minuto de silencio esperando su respuesta, aunque no llegó—. Vuelves a casa

Un leve destello asomó a las pupilas negras. Celeste miró por un instante los ojos del rostro que le hablaba con amabilidad.

—Estoy muy cansada —un amago de entendimiento cruzó los ojos del hombre ante la sorpresiva afirmación de ella—. No recuerdo nada —continuó con voz vacilante—, y en medio de esta oscuridad no puedo volver a una casa que me provoca miedo.

De nuevo se volvió hacia los cristales en un intento de regresar al mutismo de minutos antes.

—Deberían suprimirte la medicación por completo —dijo el hombre. Ella siguió mirando por la ventana—, pero si lo acepto no podría sacarte de aquí, y no puedo permitir que estés más tiempo lejos de todo lo que amas y conoces.